



Entre dos mundos: diálogo íntimo y anotaciones de viaje en las *Cartas de posguerra* de Victoria Ocampo

Between Two Worlds: Intimate Dialogue and Travel Notes in Victoria Ocampo's *Cartas de posguerra*

Julieta Nuñez¹

Universidad Nacional del Sur
julietanu75@gmail.com

Resumen: En marzo de 1946, Victoria Ocampo inicia un viaje a Europa. Durante el recorrido intercambia una serie de cartas, la mayoría de ellas con sus hermanas, en las cuales es posible apreciar sus impresiones respecto del reencuentro con la Europa de posguerra: “Guárdame las cartas en orden, son los únicos datos que guardo de mi viaje, y aunque son superficiales y casi puramente materiales, me servirán” (*Cartas de posguerra* 128). ¿Por qué elige al género epistolar para dar forma a la narración de su recorrido? ¿Cómo logra, a través de las cartas, compartir la experiencia de su viaje? El presente trabajo propone analizar la escritura epistolar de Victoria Ocampo como un modo de narrar las experiencias de viaje. Para ello se examinarán las cartas escritas durante su regreso a Europa y se reconstruirá, a través de las sensibilidades y afectos puestos en juego, el registro cartográfico que la escritora realiza en su reencuentro con las ciudades visitadas en el contexto de la posguerra.

Palabras claves: Victoria Ocampo — Cartas — Relato de viaje — Posguerra — Escritura epistolar

Abstract: In March 1946, Victoria Ocampo begins a journey to Europe. During her tour, the writer exchanges a series of letters, most of them with her sisters, in which it is possible to appreciate her impressions regarding the reunion with post-war Europe. “Keep the letters in order, they are the only data that I keep from my trip, and although they are superficial and almost purely material, they will serve me” (*Cartas de posguerra* 128). Why does she choose the epistolary form to shape the narrative of her journey? How does she manage, through the letters, to share the experience of her trip and at the same time take notes for future publications? This paper proposes to analyze the epistolary writing of Victoria Ocampo as a way of narrating her travel experiences. For this purpose, the letters written to her sisters during her return to Europe will be examined, and the cartographic record that the writer makes in her reunion with the cities visited in the post-war context will be reconstructed through the sensitivities and affections involved.

Key words: Victoria Ocampo — Letters — Travel Writing — Post-War — Epistolary writing

¹Julieta Núñez es Profesora y Licenciada en Letras, egresada de la Universidad Nacional del Sur. Docente e investigadora del Departamento de Humanidades. Maestranda de la Maestría en Literatura Argentina (Universidad Nacional del Rosario). Investiga la escritura epistolar de Victoria Ocampo.

Comparto con algunos amigos, escritores, una predilección por las autobiografías, las biografías y la correspondencia. Además, desde siempre he sido escritora de cartas. Creo que es una buena forma de decir lo que uno quiere, si no se tiene la fortuna de haber nacido novelista o cuentista. (Victoria Ocampo “El capítulo de la correspondencia” s/p).

Una vez finalizada la segunda guerra mundial, Victoria Ocampo inicia el viaje que le permitirá reencontrarse con su añorada Europa. Invitada por el British Council, emprende en marzo de 1946 un periplo que, con una escala previa por la ciudad de Nueva York, la devolverá a los paisajes de Inglaterra, Alemania y Francia, tan familiares e impregnados de recuerdos para ella. Sin embargo, el regreso no coincide con las expectativas generadas por el paréntesis de la guerra. Su estadía en la refulgente ciudad de Nueva York intensifica el impacto que siente al desembarcar en los escombros de una Europa arrasada, y ese recorrido que la desconcierta y desacomoda se vuelve una experiencia a narrar. Así, urgida por la necesidad de compartir lo que siente frente a este nuevo panorama, escribe una serie de cartas —la mayoría de ellas destinadas a sus hermanas— que no solo funcionarán como vehículo de comunicación, sino que también se convertirán en una suerte de anotaciones de su trayecto.

El doble propósito que envuelve esta correspondencia está estrechamente vinculado a un dato curioso, pero no menor, respecto del cuidado que Ocampo les brindó a estas cartas. En primer lugar, porque como explica Susana Frías en “La valija colorada”², estas misivas fueron encontradas en una caja, separadas del resto de la documentación; y en segundo porque en ellas se puede apreciar cómo les pide con insistencia a sus hermanas que las conserven. Por ejemplo, el 10 de mayo, escribe desde Nueva York: “Guárdame las cartas en orden, son los únicos datos que guardo de mi viaje,

² “La valija colorada”, es un artículo publicado en *La Nación*, en el que la archivista e historiadora Susana Frías detalla el trabajo de clasificación y catalogación realizado con el archivo Sur.

y aunque son superficiales y casi puramente materiales, me servirán” (*Cartas de posguerra* 12); o el 12 de mayo, desde Londres, pregunta “¿Recibes todas mis cartas? Como tengo que elegir entre escribir unas notas o escribir cartas y he elegido esto último quiero saberlo” (*Cartas de posguerra* 133).

Lo cierto es que estas cartas que piden ser guardadas y que se anuncian como pre-textos de futuras escrituras despliegan, al momento de ser leídas, una serie de interrogantes: ¿por qué elige Victoria Ocampo la forma epistolar para narrar su recorrido? ¿Cómo logra, a través de ellas, compartir la experiencia de su viaje?

Victoria Ocampo y la escritura epistolar

Además de publicar los diez tomos de sus *Testimonios*, los seis de su *Autobiografía* y colaboraciones en *Sur* no recogidas en libros, Victoria Ocampo fue una prolífica escritora de cartas. Su inclinación por la escritura epistolar comienza a afianzarse en la década del treinta, cuando la pretendida pedantería en la elección de la forma ensayo que le señala Paul Groussac respecto a su primer libro *De Francesca a Beatrice* y el “pudor literario” (*Larama* 84) que le aconseja Ángel Estrada en relación con el tono personal y directo de su escritura la conducen a implementar una serie de estrategias que le faciliten el acceso a territorios textuales, habilitados en ese entonces para las mujeres, como los testimonios y las cartas. Es decir, en un inicio de carrera supeditado a las condiciones de posibilidad de desarrollo literario para las mujeres, la escritora encuentra en la carta una forma —una “treta” (Ludmer “Tretas del débil”) —que le permite cambiar “desde el lugar asignado y aceptado (...) no sólo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él” (“Tretas del débil” 53). Como afirma Manuela Barral (“Victoria Ocampo, una `empedernida escritora de cartas” 13), Ocampo se vale de la correspondencia para legitimar su proyecto cultural; basta recordar “Carta a Virginia Woolf”, que abre la primera serie de los *Testimonios* y “Carta a Waldo Frank”, que inaugura la revista *Sur*, para dimensionar el

importante rol que la escritura epistolar ocupó en la trayectoria intelectual de la escritora.

El epígrafe con el que se inicia esta lectura ilumina la expresa voluntad de la directora de *Sur* de afirmarse como “escribidora de cartas”. Según explica en la nota escrita para *Clarín*, su inclinación por la correspondencia hunde sus raíces en la relación que encuentra entre esta forma de escritura y la posibilidad de poder “decir lo que uno quiere, si no se tiene la fortuna de haber nacido novelista o cuentista” (Ocampo “El capítulo de la correspondencia”). Porque percibe que lo epistolar no sólo supone un gesto de comunicación sino también subraya un gesto de escritura (Bouvet *La escritura* 25), Ocampo acude a las cartas menos para valerse de sus funciones comunicativas que para experimentar “la escritura en el sentido literario de la palabra” (Bouvet *La escritura* 27). Por eso siente tanta afición por la correspondencia de escritores a la que lee como parte de la obra. Para ella, así como existen personas capaces de escribir poemas o novelas, existen también aquellas que “a pesar del teléfono, el telégrafo y todo lo que se quiera, son escritoras o escribidoras de cartas” (*Testimonios. Sexta serie* 62). De ahí que, al leer la correspondencia propia y ajena³ rastree los rasgos de estilo que impregnan esas escrituras. En efecto, Ocampo entiende que las cartas de escritores, o al menos muchas de ellas, no han sido escritas para ser guardadas en el cajón de los recuerdos, sino para salir a la luz en algún momento. En tal sentido son cartas que, como indica Pedro Salinas (*El defensor* 49-50), no son ni privadas ni públicas, sino que nacen a la sombra de la intimidad para abrirse a un destinatario colectivo.

³ Al morir la poeta chilena Gabriela Mistral, Victoria Ocampo escribe “Gabriela Mistral en sus cartas”, texto publicado en la VI serie de los *Testimonios*. Allí, pone en evidencia su modo de entender la escritura epistolar y destaca que la calidad de la escritura de Mistral puede percibirse tanto en la poesía como en la correspondencia; despide a su amiga definiéndola como “gran aficionada a escribir cartas tanto como poemas” (*Testimonios. Sexta serie* 63). Una apreciación similar realiza sobre la escritura epistolar de T.H Lawrence: “Tengo una tarjeta de Lawrence de Arabia (gran escribidor de cartas) ¡Y qué cartas! Mejores que sus libros) advirtiéndole a sus amigos que no escribiría más cartas.” (Ocampo, “El capítulo”).

De las cartas a las notas de una escritora

El juego que el destinador realiza con la presencia y ausencia del destinatario constituye, según Nora Bouvet, el dinamismo fundante de la matriz epistolar (*La escritura* 83). Para poder remedar en la ausencia, el encuentro cara a cara de quienes se hallan a la distancia y volver presente al interlocutor, el enunciado epistolar debe apelar a su naturaleza dialógica y bivocal. Como si se tratara de un diálogo escrito, el destinador debe recuperar la voz de su destinatario, inscripta en cartas anteriores para, según su conveniencia, hacerlo aparecer y desaparecer. En el caso de las cartas de posguerra, el movimiento *de fort/da*⁴, le permite a Ocampo desdoblar la escritura para ordenar no solo la experiencia del viaje sino también los diferentes propósitos que esconden los relatos epistolares del recorrido. Así, la carta como forma le ofrece la posibilidad de compartir con sus hermanas la vivencia del reencuentro con ciudades que en otros tiempos disfrutaron juntas, y a la vez, la oportunidad de registrar el impacto que, en el presente, le provoca la vuelta a una Europa devastada por la guerra. Es el efecto de conversación que genera en el intercambio epistolar la presencia de un interlocutor ausente, lo que a Ocampo le interesa conservar de este género en su relato de viaje; esa dialogicidad que se vuelve rasgo fundamental de la escritura de viaje y de las cartas, pero también del conjunto de su obra: “... me pasa algo raro y es que cuando no puedo escribir las cosas para alguien, no puedo escribirlas...” (*Cartas de posguerra* 206).

En otros casos, el efecto de simultaneidad se vincula con la fórmula “escribo mientras viajo” mediante la cual Beatriz Colombi (“El viaje” 28) se refiere a la posibilidad de anotar *in situ* las sensaciones e impresiones que

⁴ Así se refiere Jacques Derrida en *La tarjeta postal* al movimiento de ausencia y presencia del destinatario. Este concepto que atraviesa toda la obra está relacionado con la interpretación que el autor hace del juego infantil que Sigmund Freud describe en “Más allá del principio de placer”. En la descripción de esta escena, Freud relata cómo su nieto arroja por encima de su cama, un carrito de hilo para hacerlo desaparecer y luego volver a traerlo hacia sí y relaciona estos movimientos con la ausencia-presencia de la madre que lo había dejado bajo el cuidado de su abuelo. Jacques Derrida relaciona este movimiento de alejamiento y acercamiento con la metáfora de mantener alejado al destinatario de una carta.

ofrece el relato de viaje. En virtud de este desdoblamiento, los destinatarios adquieren distintos roles: cuando el relato se vuelve correspondencia, aparecen en la misma escena que la corresponsal para compartir la experiencia del viaje; cuando deviene registro de lo acontecido, su presencia se diluye, transformándose en la excusa que motiva la escritura. En el contexto de las cartas los interlocutores son una presencia real con quienes quiere compartir el efecto que le produce volver a caminar por esas ciudades que juntos han disfrutado en otros tiempos. Le escribe a su hermana Angélica al llegar a Londres, el 9 de marzo de 1946:

Tengo la impresión (sic) que realmente algo ha terminado en las ciudades que hemos querido y conocido. Es como si no hubiera avanzado, ¡que dis-je!, es como si hubiera retrocedido de una manera inexplicable (...) ¿Qué ha pasado”? (Ocampo *Cartas de posguerra* 76)

Cuando el objetivo es el registro de notas para posibles publicaciones, la escritora —ya no la hermana o amiga— escribe para un público lector anónimo, un “otro de papel” (Bouvet *La escritura* 84). Las cartas son el pretexto de escritura, los primeros apuntes manuscritos para la organización del relato. En este sentido, escribir cartas también le permite objetivar y mediatizar (Bouvet 24) la inmediatez de esa experiencia. Entonces el relato a cargo de una corresponsal que diseña futuros textos se vuelve descripción, enumeración de sucesos y lugares:

Angélica: no me digas que se pierden las cartas o que las llevan vacías porque son los únicos datos que guardo sobre el viaje (bien pocos y malos, pero no me da el tiempo y la pereza para más). Te escribo mientras como: he llegado a las cuatro y cuarto a Croydon. A Londres a las 5 pasadas. Tomé té, me lavé la ropa y salí a mover las piernas un poco... (Ocampo *Cartas de posguerra* 228).

El desdoblamiento de la escritura entre carta y nota tiene como correlato una doble perspectiva para narrar el viaje. Cuando escribe cartas para presentar su mundo interior, a través de la confesión, manifestación de las afectividades y sensibilidades puestas en juego en el trayecto, Ocampo

apela a la ilusión de la presencia y comparte con sus destinatarios una experiencia que sobreviene en la evocación de un pasado en común ; en cambio, cuando piensa en sus interlocutores en tanto receptores de sus crónicas de viaje, exhibe el mundo exterior que recoge en las anotaciones, descripciones de espacios, actividades y experiencias culturales, son como las notas propias de un cuaderno de bitácora que envía por correo para asegurar su preservación.

Tiempos modernos

Esa distribución dual, estrechamente ligada a la relación de la escritora con su mundo interior, por un lado, y con el exterior, por otro, se vincula también con los distintos tiempos a los que recurre para enlazar en la narración los diferentes espacios geográficos y culturales por los que transita.

Desde el momento en que abandona la ciudad de Nueva York para embarcarse en el trasatlántico Queen Mary, el relato sobre el regreso a Europa se centra en la incomodidad y en la irritación que el trayecto le provoca.

Sigo ignorando dónde pararé en Londres y en qué camarote y con cuánta gente adentro me encontraré en el Queen Mary. Parece raro que no puedan dar informes al respecto. Por más que siga el Queen Mary en pie de guerra (run as in war time) no estamos ya en guerra, ¿no? (Ocampo *Cartas de posguerra* 228)

La incomodidad que revelan las cartas escritas durante el período de embarcación, en algunas ocasiones ha sido leída —como muchas interpretaciones en torno a su obra— desde una perspectiva ligada a su pertenencia de clase, a su condición de viajera privilegiada. Y aunque si bien es cierto que el navío había sido utilizado por la marina inglesa como parte de su flota durante la guerra —Ocampo dedica varias cartas a describir el deterioro del barco— y por lo tanto las condiciones materiales distan de asemejarse a las que estaba acostumbrada, el motivo principal de su fastidio

es el hecho de que el prisma desde el cual comienza a evaluar su retorno a Europa sea su reciente experiencia con la modernidad neoyorkina.

El impacto negativo que le produce el encuentro con las ciudades transformadas por la guerra solo puede ser leído a contraluz del entusiasmo que le provocó la reciente estadía en Nueva York. Durante todo el trayecto, Ocampo acude, como suele hacer en otras crónicas de viaje, al tropo de la comparación⁵ y construye un relato de los desplazamientos a partir del encadenamiento de una serie de itinerarios autónomos que se definen y condicionan entre sí:

La primera impresión de Londres es la de llegar a una ciudad que fue una gran ciudad y que hoy es el fantasma de lo que fue. El contraste con Nueva York es aplastante. Me refiero a la sensación de vida, de riqueza, de lujo, de abundancia, de luz, de orden, de limpieza que da N.Y...y que L. ya no da (...) No hay duda, salta a los ojos (...) La capital del mundo con todos los defectos que tienen los americanos (y que son muchos) es hoy en día New York (*Cartas de posguerra* 76-77).

Y, aunque en la primera parte del trayecto, Ocampo describe con una exhaustiva minuciosidad en sus cartas-notas los detalles de la modernidad neoyorkina, la comparación del presente con el pasado, a través del juego de luces y sombras que realiza entre América y Europa, recién aparecerá una vez instalada en el viejo mundo. Por este motivo, a diferencia de lo que sucede en viajes anteriores⁶, sólo a su regreso a Nueva York, una vez finalizado el

⁵ El uso de la comparación como operación a través de la cual presentar las modificaciones en la percepción que el registro de un paisaje nuevo le confiere a uno ya conocido es frecuente en los relatos de viaje de Ocampo. En *El archipiélago*, Tomo I de su *Autobiografía*, relata al volver a recorrer la porteña calle Florida, luego de su primer viaje a París: “Esta calle estrecha tan fea no puede ser Florida. Cuando me fui era ancha. Me aseguran que era igual. Nadie me convencerá”. (*El archipiélago* 79).

⁶ En *La viajera y sus sombras. Crónica de un aprendizaje*, Sylvia Molloy propone leer los relatos del viaje de Ocampo a Nueva York en 1943 a partir de las versiones que la escritora vuelca en las crónicas U.S.A 1943 y las cartas que durante su estadía le escribe a Roger Caillois. Molloy encuentra que a través de las crónicas se puede apreciar el entusiasmo que la escritora siente por una ciudad que cada vez la seduce más. Sin embargo, las cartas registran otra travesía vinculada a la melancolía que le provoca la ausencia de París: “Nueva York, en las cartas a Caillois, funciona como negativo de París” (*La viajera* y 27). La ciudad que aparece en sus cartas es un espacio teñido por la nostalgia del reencuentro con amigos franceses quienes, al igual que ella, añoran “la París borrada por la guerra” (*La viajera* y 26.)

periplo por Europa, Ocampo reconocerá cuán familiar se ha vuelto esa ciudad a la que tanto le costó ligarse afectivamente:

Llegué al Waldorf como a casa, pero desgraciadamente me han puesto en el ala del piso 11. Fui a ver a la mujer del desk de mi ala que salió de su covacha dando gritos y vino a alojarme. En el comedor el maître d' hotel (el italiano) vino también a darme la mano, pegando alaridos "Mme. Ocampo! Enfin vous êtes revenue". Después vinieron los otros maître d' hotel. Las relaciones con los sirvientes son muy distintas aquí y en Inglaterra. Aquí hay mucha más familiaridad. (*Cartas de posguerra* 465-465).

Las fulguraciones de un presente que se augura como futuro se conjugan con el ensombrecimiento de un pasado que anuncia su declive. Y si bien la llegada a Europa está impregnada por la melancolía que la invade al comprobar que sólo las ruinas y los recuerdos siguen en pie en aquellas ciudades a las que tanto amó, también lo está por el mismo afán cosmopolita que la impulsó en sus primeros viajes a Europa, por ese "deseo de mundo"⁷ (Siskind 15) que aún en ese presente desolador la sigue incentivando a desplazarse, desde la periferia, hacia nuevas experiencias culturales:

Por mi parte, no veo aquí sino decadencia y agonía de una civilización que fue nuestro placer y de la que no volveremos a ver otra igual. Pero otra cosa comienza. Pero no aquí ni en Inglaterra. Sean cuales fueren los defectos de Norteamérica, su tipo de vida, su organización material está de acuerdo con la época. (*Ocampo Cartas de posguerra* 291).

El pasado convive con el presente y el futuro en la medida en que las temporalidades históricas y singulares coexisten y se deslizan en la correspondencia de acuerdo con la relación que Ocampo establece con sus interlocutores. Por eso en el tono de sus cartas, en el modo de dirigirse a

⁷En su libro *Deseos Cosmopolitas*, Mariano Siskind utiliza este concepto para analizar cómo los intelectuales cosmopolitas Rubén Darío, José Martí, Gabriel García Márquez, Enrique Gómez Carrillo y Baldomero Sanín Cano, en su deseo de construir un lugar en el mundo, invocaron al mundo de dos maneras. Por un lado, el mundo aparece para ellos como significante de un universalismo abstracto pero transformador; por otro, como una serie de recorridos a través de libros, escritores e ideas. Estas formas de concebir al mundo (y de desearlo) señala Siskind, constituyó para estos intelectuales una forma de resistencia a los nacionalismos asfixiantes de sus países de origen.

ellos, se imprimen, de alguna manera, las distintas temporalidades del viaje: cuando acerca a los destinatarios a su intimidad, relata un viaje en el que deambulan los fantasmas del pasado que necesita exorcizar: “una civilización que fue nuestro placer” (*Cartas de posguerra* 58) les escribe a sus hermanas con complicidad; en cambio, cuando se dispone a transitar el presente y anotar lo que ve, los aleja casi hasta disolverlos para que en algunas de esas notas se filtren los destellos del futuro que vendrá: “... quien no conoce New York, no conoce, me atrevería a decir, los tiempos modernos.” (*Cartas de posguerra* 58), les dice en un tono casi impersonal.

Despedir para ir hacia lo nuevo

La carta que Ocampo le escribe a su hermana Angélica tan pronto desembarca en Londres, revela su conmoción frente al paisaje de posguerra y su urgencia por compartir esa experiencia con ella: “¡Esto es el eco de lo que fue! ¿Comprendes? Así lo he sentido en el primer impacto, ciegamente” (*Cartas de posguerra* 277). Sin embargo, rápidamente parece incorporarse al nuevo ritmo de la ciudad y las cartas vuelven a ser las notas atentas de una viajera que desea registrar sus actividades como visitante cultural invitada por el British Council. Entonces hablan de sus conferencias sobre literatura argentina, de sus encuentros con la reina Isabel, los escritores T.S. Eliot o Vita Sackville-West, de sus visitas a Oxford y Cambridge. A pesar de lo que percibe, Ocampo no tarda mucho tiempo en recuperar su antiguo entusiasmo por Inglaterra. Según les cuenta a sus hermanas, el espíritu de resistencia de los ingleses la ayuda a adaptarse a la nueva fisonomía de la ciudad: “Me voy acostumbrando a Londres. Hay que olvidarse del Londres de antes para ponerse al diapasón con éste. La gente que ha resistido lo que éstos son realmente fenomenales” (*Cartas de posguerra* 91). Los rastros de la guerra le permiten confirmar que el pueblo inglés ha mantenido inalterables las cualidades morales y espirituales tan admiradas por ella, esas que Ocampo resume en la figura de T.E. Lawrence y que encuentra cuando emprende una

suerte de procesión que le permitirá tener un cercano contacto con la familia, amigos y espacios íntimos del escritor. Porque si, como les escribe a sus interlocutoras, la llegada a Londres fue pura desolación, el encuentro con la familia de T.E, la posibilidad de "...reconstruir a T.E en el paisaje" (*Cartas de posguerra* 222) provocan en su estadía en Inglaterra "¡Alegría, lágrimas de alegría!" (*Cartas de posguerra* 163). La peregrinación hacia el escritor admirado provoca en Ocampo una transformación anímico-espiritual que le permite superar las contrariedades sufridas al inicio del recorrido. Por eso, a pesar de que Inglaterra ya forma parte del pasado del mundo, o al menos de su deseo de mundo, la afinidad moral que siente con el pueblo inglés permite que este viaje se transforme en una suerte de experiencia espiritual. Esto se traduce en la carta que, luego de su estadía en París, le escribe con complicidad a su hermana:

Querría en lo posible volver a estos parajes cuya atracción no se ha agotado para mí. Estas ciudades impregnadas de pasado, estas ciudades que son para la vida del hombre, lo que la casa donde siempre hemos vivido es para el individuo, tienen un encanto especial. No vislumbro el futuro como en los E.E.U.U, pero una se siente tremendamente atrapada por un pasado glorioso y nostálgico (...) Aquí estoy en mi casa. No hago sino repetírmelo. Es curioso, pero tengo la impresión que es más mi verdadero hogar que Francia (no lo digas, porque los franceses se resentirían) (*Cartas de posguerra* 440-441).

En cambio, en París la espera una estadía muy diferente a la vivida en Inglaterra. Ansiosa por la inquietud que le provoca la vuelta, en las vísperas de la partida, Ocampo escribe en una carta: "De repente, me parecía que estaba en un sitio conocido, donde yo había vivido en otras épocas y en donde yo y los demás ya nos habíamos muerto. Yo era un *revenant*" (*Cartas de posguerra* 271).

Desde una perspectiva atenta al papel de Ocampo como editora, este viaje resulta un éxito para ella y su revista; de hecho, en las notaciones que realiza a través de sus cartas es posible apreciar cómo volver a transitar el ambiente literario francés le permite restablecer las redes de comunicación

interrumpidas por la guerra. Así, por ejemplo, se puede leer en ellas el detalle acerca del té que André Gide organiza en su honor como forma de agradecimiento a su solidaridad durante la guerra; o la descripción de su conversación con Albert Camus respecto al proyecto sobre un libro dedicado a Lawrence de Arabia. De la misma manera, las notas apuntadas en las epístolas relatan el almuerzo que comparte con Gastón Gallimard, narran la extensa charla con Paul Eluard acerca de la experiencia de la guerra y la ocupación o exhiben su reflexión personal acerca de la puesta en escena en el teatro de *La Potinière* de Huis-clos, la obra de Jean -Paul Sartre. Pero cuando esas mismas cartas se vuelven íntimas, dejan ver cómo la experiencia singular del regreso aloja en Victoria Ocampo un profundo malestar que excede los resultados del recorrido cultural. París le duele en lo que ya no está, en sus ausencias, y para hablar de ello realiza con sus hermanas una suerte de pacto de confidencialidad y acude a ellas – “que estas reflexiones no salgan de tu boca” (*Cartas de posguerra* 292)– para narrar sus percepciones no ya como la viajera que necesita escribir sus notas de viaje, sino como la que necesita duelar esa ciudad tan “codiciada cuando estaba exiliada de ella” (*Cartas de posguerra* 354). Con idéntica confidencialidad les escribe a sus amigos Pepe Bianco y Tota Cuevas:

Sufro a causa del nombre de ciertas calles, de las puertas de ciertas casas, del color de algunos atardeceres a lo largo de los Campos Elíseos (...) porque son testigos con atroz indiferencia de presencias y ausencias desbordantes, desesperadamente familiares. Hasta los carteles de los teatros, el nombre de una juguetería (*Le nain bleu*) [El enano azul] bastan para sembrar el pánico en mí. ¡Se viene la avalancha, la avalancha de los recuerdos! (...) No es en el tiempo sino en el espacio donde uno recupera el tiempo perdido (*Cartas de posguerra* 354-355).

La relación epistolar que Ocampo mantiene en este trayecto del viaje con sus destinatarios abre paso, tal como lo entiende Franz Kafka⁸, a la

⁸ En *Cartas a Milena*, Franz Kafka señala sobre la epistolaridad:

La facilidad de escribir cartas tiene que haber traído al mundo-considerado desde un punto de vista exclusivamente teórico-una terrible perturbación a las

circulación de los fantasmas que habitan a la escritora en ese presente desolador. Son cartas que evocan los recuerdos de los viajes compartidos durante la infancia y la juventud y que, al llenar sus líneas de antiguas presencias familiares, transforman en multitudinario al solitario trayecto. El relato sobre una tarde de té en la casa de Maurice Rostand, o el regreso al Hotel Majestic transformado ahora en oficinas de la Unesco, se convierten en la ocasión perfecta para la invocación de las niñas Angélica y Pancha, del tío Chacho, la abuela, el padre, o incluso de la joven Victoria observándose en el espejo del hotel momentos antes de ser retratada por Paul Helleu, el célebre pintor parisino de la Belle Époque. Efectivamente Ocampo presiente que, a pesar de empeñarse en disimular su ocaso, la ciudad que transita es otra y que, al caminar nuevamente por sus calles, no hace más que deambular entre espectros. Porque si, según Paul Valery (Casanova 44), alguna vez París pudo compararse en su esplendor cultural con la Atenas de la antigüedad clásica, en el presente de esas cartas, la que en otros tiempos fue la capital del buen gusto, la moda y las letras es también “Grecia (...) La belleza perfecta en plena decrepitud” (Ocampo *Cartas de posguerra* 291). Los “Cien años de retroceso –sino más– con respecto a EEUU” (*Cartas de posguerra* 291) que Ocampo percibe al llegar a la capital francesa, también deben ser leídos a contraluz de su experiencia en Nueva York. A diferencia de la integridad con la que Londres resiste a la desolación impuesta por la guerra, París “Interiormente demolida (*Cartas de posguerra* 290)”, acentúa durante ese período, su camino hacia la decadencia. Por esta razón, en contraste con la admiración que siente por la fortaleza espiritual de los ingleses, el vacío moral de la “gente que no está al nivel de las circunstancias” (*Cartas de posguerra* 289), sin sorprenderla, la desconsuelan. Lejos queda esa ciudad erigida en el pasado

almas. Porque es una relación con fantasmas- y no sólo con fantasmas del destinatario sino también con el propio- la que se va gestando bajo la mano que escribe, en esa carta y, más aún, en una serie de cartas de las cuales una corrobora a la otra y puede apelar a ella como testigo (...) Escribir cartas significa desnudarse ante los fantasmas, cosa que ellos aguardan con avidez. (*Cartas a Milena* 278).

como el presente de la modernidad, a la que tanto deseó pertenecer y que, paradójicamente, treinta y ocho años después de su primera visita, la recibe con un homenaje organizado por André Gide. En este sentido, el malestar en París que transmite en sus cartas nada tiene que ver con los padecimientos por el anonimato sufrido en el pasado en esa ciudad que tanto ha herido el amor propio de muchos escritores latinoamericanos. Ocampo tuerce ese destino y gracias a su lucha por una existencia intelectual como mujer sudamericana, logra un nombre y lugar en la capital universal del arte y literatura. Pero a pesar de haber alcanzado su cometido, presiente que todo entra en crisis en la universal París, incluso la literatura y la falsa hospitalidad de su ambiente letrado

Esta tarde dieron un té en mi honor en la Biblioteca Doucet (Place du Panthéon). Gide me recibió con un pequeño discurso que te enviaré.

No creo en las palabras de Gide. Sé que es pura cortesía y que no se interesa en mí en lo más mínimo. Por eso me resulta penoso recibir de él elogios de cortesía por unos kilos de café o de tabaco. Me hicieron leer a Valéry (...) Entre otras personas estaban Schlumberger, Paulhan, Étiemble, la señora Doucet, la señora de Lubersac, François Valéry y, la señora Noulet, Adrienne.

Conservo un mal recuerdo de todo eso, como de todo lo que tiene un tono falso o que resulta malogrado. (*Cartas de posguerra* 296-297).

Francia sigue siendo para ella el país más rico en escritores, por eso convoca a Camus, Malraux, Caillois, Étiemble o Sartre, el “equipo perfecto” (Ocampo *Cartas de posguerra* 316), para formar parte de su proyecto sobre un libro acerca de T.E Lawrence. Sin embargo, la sensación de extrañamiento a través de la cual construye una nueva perspectiva sobre París aparece también en la reflexión respecto al estado actual de la literatura francesa. Como si conociera por primera vez a los escritores del presente, Ocampo los compara con nombres del pasado, como Paul Valéry cuyo trabajo “gusta o no gusta. Pero no suena a falso” (*Cartas de posguerra* 302), y pone en tela de juicio cuánto hay de “fabricación” y “deliberado” en la perfección de los que

“escriben demasiado bien” (*Cartas de posguerra* 302). En cierta forma, este viaje es para ella una despedida, una travesía en la cual debe desprenderse de algo tan propio como París para ir en busca de lo otro, de lo nuevo, de la modernidad americana. Ocampo deja en cada carta el registro del duelo que implica toda despedida. A diferencia de la peregrinación realizada en Inglaterra hacia el encuentro con Lawrence, en este caso se trata de desandar un recorrido que no solo se inscribe dentro de la tradición del “Grand tour”, el viaje educativo de su clase, sino que tiene que ver también con el ritual de iniciación literario realizado por escritores latinoamericanos del siglo XIX y principios del siglo XX. Luego de transitar la modernidad norteamericana y contrastarla con las ruinas europeas, Ocampo precisa volver a la capital francesa para, aunque sea transitoriamente, despedirse de ella y volverse contemporánea de su tiempo. A pesar de seguir armando redes de contacto con la literatura francesa, experimenta en este viaje la sensación de estar viviendo el final de una época, por eso en su necesidad de acceder al presente, les escribe a sus hermanas:

Francia, para mí, es un reloj que se ha detenido para siempre en las horas que marcan sus agujas. Su hora (...) su bella hora que se aleja de nosotros como la costa se aleja de una nave en movimiento. Estamos por dejar la hora de Francia, la hora de Inglaterra, la hora de Europa. Estamos por. Por eso resulta tan atroz. Es en nuestra época donde uno se arranca de todo eso, o mejor dicho, donde fuimos arrancados de todo eso (*Cartas de posguerra* 358)

Con el propósito de estar en sintonía con el mundo, “porque o uno pertenece a su tiempo o deja de ser” (*Cartas de posguerra* 291) Ocampo realiza una serie de “itinerarios trazados por desplazamientos y dislocaciones” (Siskind 15) entre libros, escritores e ideas, así como también entre tiempos y espacios. Para poder cambiar de rumbo y transitar el derrotero que le permita sincronizar las agujas de su reloj y acceder al presente del mundo, debe primero caminar los restos de las grandes urbes europeas convertidas en museos. La escritura epistolar mediante la cual narra su viaje no sólo le permite registrar la necesidad de buscar nuevos horizontes sino también

compartir, en el refugio de la intimidad, la pérdida de aquello que alguna vez le fue tan propio.

A modo de conclusión

Es evidente que tanto entre los hombres, como entre las mujeres hay quienes al escribir cartas las escriben con el ojo puesto en la posteridad; otros no. Eso constituye, a mi parecer, la verdadera diferencia (...) Desde luego, estoy hablando ahora de cartas de escritores, es decir de gentes del oficio. (Ocampo *Testimonios Sexta serie* 63)

En el año 1980, casi un año después de la muerte de Victoria Ocampo, la revista *Sur* publica un número dedicado a las cartas de la escritora. Esta publicación, que de alguna manera pretende ser una suerte de homenaje, reviste la particularidad de recordar a quien fuera su fundadora y directora no a través de sus textos e intervenciones públicas más conocidas, sino a partir de su correspondencia. Como señala Enrique Pezzoni en las palabras que anteceden a la selección de cartas, el objetivo de la revista es dar a conocer una faceta que “La imagen pública de Victoria ignora” (“Al lector” 1) y ofrecer “un nuevo testimonio del hablar de Victoria” (“Al lector” 2). Al descubrir este aspecto desconocido de la escritora, afirma Pezzoni, se abre una nueva línea de lectura que propone leer esta zona de su escritura como parte de su autobiografía:

Si la correspondencia de todo escritor es una forma de autobiografía, esto es especialmente cierto en el caso de Victoria Ocampo. Las cartas no han sido para ella sólo un vehículo, sino más aún, un espacio donde ser con plenitud y naturalidad. Naturalidad vigilada y alerta para no traicionarse, impostándose como una familiaridad segura de sí. Escribir cartas era para Victoria situarse en el ámbito donde la inmediatez del hablar y la reflexión necesaria para hacer genuino ese hablar llegaban a un acorde sostenido, en cuyas resonancias se cumplía su aspiración: Transmitir, transmitirse, compartir (...), asistir junto a alguien a la imprevisible aventura de vivir y adquirir conciencia de ese reiterado milagro (...),

salir de sí misma, de su vocación de recluimiento para sentir la presencia del otro y de lo otro” (“Al lector” 1)

La perspicaz elección de los términos “Transmitir, transmitirse, compartir” para definir la correspondencia de Ocampo resulta, cuanto menos, sugestiva en la medida en que no solo contempla la concepción que Ocampo tenía sobre su propia escritura, sino también sobre la epistolar. En reiteradas oportunidades, la escritora se refiere a ella como una “forma de expresión”. Así lo hace por ejemplo en *Palabras francesas*, cuando dice

Si yo fuera escritora, creo que pertenecería a la especie de los de los “párpados cosidos”. Pero no soy una escritora, soy simplemente un ser humano en busca de expresión. Escribo porque no puedo impedírmelo; porque siento la necesidad de ello y porque esa es mi única manera de comunicarme con algunos seres, conmigo misma. Mi única manera. (*Testimonios. Primera serie* 30)

El mismo sentido expresivo-comunicacional le atribuye a la escritura epistolar cuando en el ensayo “Gabriela Mistral en sus cartas” afirma

Comunicarse por escrito una persona con otra. Atenderse y amarse recíprocamente: esta es la definición que da el Diccionario de la Real Academia de la palabra “corresponder”. Ese, el doble sentido que la palabra ha tenido siempre para mí. Cartearse es eso o no es nada. (*Testimonios Sexta Serie* 60).

En este sentido, atendiendo a la conexión que existe entre la voluntad comunicacional que anima el estilo de Ocampo y el de la escritura epistolar y conociendo la relación que mantuvo con la epistolaridad, no resulta extraño que Ocampo haya dejado apartadas las misivas escritas en el transcurso de su viaje a Europa en 1946. Mucho tiempo pasó entre la escritura de las cartas que componen el epistolario *Cartas de posguerra* y su publicación en el año 2009. Sin embargo, ni el larguísimo período en el que estuvieron guardadas en una caja, ni el arduo trabajo de rescate, edición y publicación realizado por los archivistas y la Fundación Sur, impidieron que los relatos que en ellas se narran vieran la luz. Es la propia escritora quien, a través de su pluma, les da la forma necesaria para incluir a algunos de ellos, por ejemplo, en la cuarta

serie de sus testimonios, *Soledad sonora*, o para agregarlos como notas que confirmen sus hipótesis en 338171 T.E, *Lawrence de Arabia*. Por mencionar algunos ejemplos, en “El caso de Drieu La Rochelle”, Ocampo refiere a cómo recibe durante su viaje de 1946 la noticia de la muerte del escritor, en “Impresiones de Nuremberg” describe, recuperando información de las cartas, su experiencia en los juicios o en ““Henry V” y Laurence Olivier” realiza un minucioso análisis del filme visto en Nueva York en el último tramo de su viaje. Pero, a pesar de cumplir el propósito de convertir en libros lo que está en germen en esas notas, Ocampo parece haber querido otro destino para ellas. Movidada por su particular interés por la correspondencia, la escritora encuentra en la naturaleza “resbaladiza” (Salinas 54) de la epistolaridad la posibilidad de desplazarse del terreno de la comunicación al literario. Como buena “escribidora de cartas” que es, entiende, tal como lo hace Alfonso Reyes, que la carta se parece a esas “conversaciones de la mesa de al lado, cuando el que habla esfuerza la voz para que, además del que come en su compañía, la escuchen los demás” (*Literatura epistolar* XI). Por eso, treinta años después, en una carta que escribe en ocasión de un nuevo viaje a Nueva York afirma:

Ayer fui a almorzar a lo de Louise. Victoria está rarísima, porque sin que nadie le diga nada, se pone agresiva y empieza a hablar en términos de disputa. Esta vez, era a propósito de las cartas de la gente que no deben, según ella, publicarse. No sé cómo le parece espléndido que Nigel Nicolson publique los papeles que su madre no publicó (porque no quiso) en vida, y le parece mal que se publiquen cartas que a veces son opiniones sobre hechos del momento (política, libros, muerte de alguna persona). Las cartas de T. E Lawrence son a veces mejores que *Los siete pilares* y están escritas con especial cuidado. Hay cartas y cartas. En fin... (Ocampo *Cartas a Angélica* 237)

Las ochenta y tres cartas que escribe y que conjeturalmente reserva para una futura publicación, no son las únicas que dan forma a un epistolario sobre sus periplos ya que, en el año 1997, la Editorial Sudamericana publica, bajo el título *Cartas a Angélica*, las epístolas que la directora de *Sur* escribió

a sus hermanas durante los viajes realizados a lo largo su vida. Pero, a diferencia de las cartas de 1946, que fueron ordenadas por su autora, esta correspondencia fue seleccionada y organizada para su publicación por el editor y traductor Eduardo Paz Leston. ¿Qué distingue la unidad de sentido de uno y otro epistolario? Por un lado, la voluntad de publicación que se puede inferir del guardado de las mismas; por otro, el sentido de posteridad que existe en el cuidado de las cartas de una escritora que sabía perfectamente que esa correspondencia era mucho más que una simple comunicación entre hermanas.

Bibliografía

Barral, Manuela. “Victoria Ocampo, una `empedernida escribidora de cartas” *Manuscrita: Revista de Crítica Genética* 50 (2023): 6-20. En línea.

Bouvet, Nora. *La escritura epistolar*, Buenos Aires: Editorial Eudeba, 2006.

Casanova, Pascale, *La República mundial de las Letras*, Barcelona: Editorial Anagrama, 2001.

Colombi, Beatriz. “El viaje y su relato”. *Latinoamérica* 043 (2006): 11-35. En línea.

Derrida, Jacques *La tarjeta postal: de Freud a Lacan y más allá*. México: Siglo XXI Editores, 2001.

Ette, Ottmar. *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras en Europa y América*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones científicas, 2008.

Frías, Susana. “La valija colorada de Victoria Ocampo”. *La Nación*, (31. dic 2006). En línea.

Galán, Ana Silvia, *La correspondencia epistolar entre familiares y amigos en la Argentina del siglo XIX. Las paradojas de la privacidad*, Buenos Aires: Editorial Victoria Ocampo, 2004.

Kafka, Franz, *Cartas a Milena*, Buenos Aires: Losada, 2008.

Ludmer, Josefina, "Tretas del débil". *La sartén por el mango*. Edición de Elena González y Eliana Ortega. pág. 47-54. Puerto Rico. Ediciones Huracán, 1983.

Ocampo, Victoria. "El capítulo de la correspondencia". *Clarín*. Buenos Aires, 22 de abril: S/P, 1972.

---. *Autobiografía I. El archipiélago. El Imperio Insular*, Buenos Aires: Ediciones Fundación Victoria Ocampo, [1981] [1982] [2005].

---. *Autobiografía II. La rama de Salzburgo. Viraje*, Buenos Aires: Ediciones Fundación Victoria Ocampo, [1979] [1980] [2005].

---. *Correspondencia. Victoria Ocampo Roger Caillois*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1997.

---. *Cartas a Angélica y otros*. Buenos Aires. Sudamericana, 1997.

---. *Cartas de posguerra*, Buenos Aires: Editorial Sur, 2009.

---. *La viajera y sus sombras. Crónica de un aprendizaje*. Selección y prólogo de Sylvia Molloy, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

---. *Testimonios. Primera serie (1920-1934)*. Buenos Aires: Editorial Sur, 2012.

---. *Testimonios. Sexta serie (1957-1962)*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1963.

---. *338171 T.E Lawrence de Arabia*, Buenos Aires, Letemendia Editora-Sur, 2013.

Pezzoni, Enrique, "Al lector". *Sur*. N°347 (1980): 1-2.

Reyes, Alfonso, *Literatura epistolar*, Buenos Aires: Editorial Jackson de Ediciones Selectas, 1952.

Salinas, Pedro. *El defensor*. Barcelona: Ediciones Península, 2022.

Siskind, Mariano, *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2016.